

LA «GUERRA REVOLUCIONARIA» EN IBEROAMERICA

I.—«GUERRA REVOLUCIONARIA» Y «GUERRA DE LIBERACIÓN NACIONAL».

En Iberoamérica existe actualmente, ocioso es negarlo, un clima revolucionario que ha provocado, en los últimos años, movimientos de tal carácter con fines de protesta político-social en varias de las naciones de aquel continente. Son países con tradición revolucionaria, en los que sigue en vigor la frase de Bolívar: «Un pueblo que no hace revoluciones es un pueblo que no merece la libertad», y en las naciones iberoamericanas, tanto por sus condiciones socio-económicas, como por su idiosincrasia, adopta el clima revolucionario unas peculiares características.

Dentro de la actual terminología marxista, tenemos que distinguir entre la «Guerra de Liberación Nacional» y la «Guerra Revolucionaria».

La primera presupone la lucha contra un poder extranjero de carácter imperialista—político o económico—frente al que se unen en alianza las clases oprimidas y la burguesía nacionalista y antiimperialista.

La «Guerra Revolucionaria» presupone, en cambio, la lucha de las clases oprimidas del país contra la clase nacional opresora; pero en Iberoamérica, esa «Guerra Revolucionaria» ha adoptado una forma que se aparta, tanto en su táctica como en su forma, de los procedimientos preconizados inicialmente por el comunismo, según los cuales, la revolución vendría de la movilización de masas, consecuencia fundamentalmente de la acción sindical, de la cual la guerrilla no sería sino un apéndice y complemento.

Pero el triunfo de la revolución cubana cambió completamente tales presupuestos para adaptar la táctica revolucionaria a las condiciones y mentalidad iberoamericanas.

Según el «Ché» Guevara ¹, la revolución cubana ofrece tres aportaciones:

- 1.^a Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército ².
- 2.^a No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución. El foco insurreccional puede crearlas.
- 3.^a En la América subdesarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo.

Afirmación, esta última, que empalma con la tradición revolucionaria mejicana que tanto influyó en la primera etapa de la revolución cubana. Al propio tiempo, el «Ché» Guevara señala el carácter no proletario que normalmente han de tener en Hispanoamérica los dirigentes de la guerrilla: «Los directores de la guerra de guerrillas... son hombres que comprenden la necesidad de los cambios en cuanto al trato social de los campesinos; pero no han sufrido, en su mayoría, las amarguras de este trato» ³, lo cual, unido a la desconfianza del «Ché» Guevara hacia la guerrilla de carácter urbano, nos lleva a la conclusión de que la guerra de guerrillas en Iberoamérica debe ser dirigida normalmente por una clase media de origen urbano e inquietud revolucionaria que encuadrará a una masa de campesinos desclasados, en condiciones de subproletarización, cuando exista la «imposibilidad de mantener la lucha por las reivindicaciones sociales dentro del plano de la contienda cívica» ⁴.

Ideas que, al igual que otras del mismo autor en aquella época (1960), no han sido seguidas fielmente por sus epígonos.

La «Guerra de Liberación Nacional» puede ser tremendamente destructiva y sangrienta, dejando heridas difíciles de cicatrizar, de tal forma, que fuertes minorías del país que se lanza por dicha senda no vacilan en apoyar lealmente al dominio extranjero, mientras que la «Guerra Revolucionaria» debe tener, por el contrario, un carácter nacional, un alcance limitado y no acudir al terrorismo, sino como «la última *ratio*» ⁵.

¹ «CHÉ» GUEVARA, *La guerra de guerrillas*, La Habana, Talleres INRA (pág. 11). La edición, sin fecha, fue publicada, a juzgar por su texto, a finales de 1960. Su tónica política es de un nacionalismo radical, pero no comunista.

² Los guerrilleros cubanos en 1958 eran 600 ó 700. Las tropas del ejército que se le oponían, según su jefe, el coronel Ugalde, eran diez veces superiores.

³ Op. cit., pág. 62.

⁴ Op. cit., pág. 12.

⁵ Op. cit., pág. 32.

II.—RAÍCES, RAZONES Y ANTECEDENTES DE LA GUERRA
REVOLUCIONARIA EN IBEROAMÉRICA.

Para que exista el actual clima revolucionario en Iberoamérica no son suficientes ni la inspiración foránea, ni las enseñanzas de los teóricos, sino que exige también la existencia de unas condiciones reales que crean un ambiente favorable al fermento revolucionario.

Desde luego, y tal como ha quedado planteada por sus teóricos, la Guerra Revolucionaria en Iberoamérica tiene, ante todo, una raíz agraria. Es el continente donde existe hoy día una mayor concentración de la propiedad territorial⁶, paralelamente con el minifundio de subsistencia, y como inevitable secuela, una elevada proporción de campesinos sin tierra, que emigran masivamente a las ciudades, donde su falta de preparación los convierte en un «dumpenproletariat» insatisfecho, fácil presa de la demagogia.

Dados estos supuestos, y siendo aún la base agropecuaria la piedra angular de la economía en la mayoría de los países iberoamericanos, se crea una situación de diferenciación social que un economista nada sospechoso de extremismo—el argentino Raúl Prebisch—nos describe de la forma siguiente: «La estructura social prevaleciente en América Latina ofrece un serio obstáculo al progreso técnico y, por consiguiente, al desarrollo económico y social...; esa estructura entorpece considerablemente la movilidad social...; aquellos estratos superiores (5 por 100 de la población) que abarcan cerca de los tres décimos del consumo total de América Latina, tienen un consumo medio por familia quince veces mayor que el de los estratos inferiores (50 por 100 de la población)»⁷.

Al propio tiempo, son pocos los países de Iberoamérica que cuentan con una potente industria de base capaz de absorber a aquel exceso de población campesina; en la mayoría de las naciones existe, sí, una industria ligera eficiente, de altos salarios, que acoge a un número relativamente reducido de trabajadores encuadrados en los Sindicatos y que, de hecho, poseen una posición de privilegio respecto al trabajador marginal de origen campesino, lo

⁶ Según el "Anuario" de las Naciones Unidas de 1951. El 64,9 por 100 de la tierra explotada en Iberoamérica lo era en fincas de extensión superior a 1.000 Has.

⁷ RAUL PREBISCH, *Hacia una dinámica del desarrollo latino-americano*, Méjico, 1963, páginas 4-6.

que crea en el obrero sindicalizado, con empleo fijo en los servicios o en la industria y salarios altos, una actitud de repulsa a los procesos revolucionarios en sus respectivos países, de que tenemos claras muestras en la C. T. C. cubana ⁸, o en la C. T. V. venezolana.

Tales factores crean un ambiente favorable a la revolución, de que se hacen eco las conclusiones de la Subcomisión de la «Conferencia Episcopal Latino-Americana» reunida en Medellín el pasado año: «Es innegable que el continente latino-americano se encuentra en numerosos puntos en una situación de violencia institucional que exige transformaciones globales, audaces y urgentes. Es sorprendente la paciencia de un pueblo que soporta desde hace años una situación que sería insostenible para cualquiera que tuviese una conciencia desarrollada de los derechos humanos».

Los males iberoamericanos no son nuevos; movimientos revolucionarios de protesta los hubo con anterioridad: La Revolución mejicana, que se inicia con un programa de alcance puramente político, pero que, a partir del Plan de Ayala, enunciado por Emiliano Zapata en 1911, adopta la Reforma Agraria como su bandera principal: la rebelión de Sandino en Nicaragua, con un carácter social-nacionalista entre 1927 y 1932, etc... Son movimientos de alcance nacional, que no tratan de hacer prosélitos fuera de las fronteras, pero en la época actual la situación ha cambiado radicalmente, los movimientos revolucionarios no pueden surgir aisladamente, sino encuadrados en la lucha entre las Grandes Potencias, con sus disímiles sistemas económicos y sociales, y en el despertar del Tercer Mundo, con su aspiración a obtener el nivel de vida de los países desarrollados. Así, José Luis Rubio nos dice en *La Rebelión Mestiza*: «Iberoamérica está atrasada económicamente. Ello, quiéralo o no, le impone obligaciones con los otros países atrasados de Africa y Asia. No puede ser el rompehuelgas del mundo subdesarrollado».

III.—LA INTERVENCIÓN DEL FACTOR COMUNISTA.

A partir del triunfo de la Revolución rusa, ésta trata de erigirse en rectora de todos los movimientos de reivindicación social que se dan en el mundo.

⁸ Así fracasó en Cuba la huelga de abril de 1958, convocada por los revolucionarios dirigidos por Fidel Castro, no obstante ser el movimiento obrero de Cuba uno de los más politizados de América.

LA "GUERRA REVOLUCIONARIA" EN IBEROAMÉRICA

Pero, en lo que a Iberoamérica respecta, sin dejar de influir en tales movimientos, no pudo en ningún momento el comunismo internacional convertirse en su director, ni su línea de lucha política fue aceptada incondicionalmente por los movimientos extremistas nacionales en Iberoamérica.

El dogmatismo a ultranza, que ha sido una de las notas destacadas del comunismo internacional, va a chocar con el idealismo, también a ultranza, que caracterizará los movimientos revolucionarios iberoamericanos, mientras que el nacionalismo agudizado de aquellos países, y la renuencia de sus cuadros revolucionarios a someterse a una dirección extracontinental y a la disciplina del Partido, hacen que, si su ideología última tiene muchos puntos de contacto con la ortodoxia marxista-leninista, sus procedimientos sean para dicha ortodoxia absolutamente heréticos y su dirección y organización radicalmente cismáticos.

En la II Conferencia de la Komintern en Petrogrado, en 1920, se aprobaron las líneas de la acción comunista en los distintos países del mundo, organizándose después un Secretariado suramericano, en el que no eran precisamente sus rectores los comunistas iberoamericanos a los que Moscú, salvo en aislados y contados casos, no otorgó su confianza.

Las contradicciones entre la línea moscovita y la iberoamericana en este campo, se ponen de manifiesto desde la I Conferencia Comunista Latino-Americana celebrada en Buenos Aires en 1929, ya en ella los representantes de la línea moscovita combatieron el «provincialismo», es decir, el todo poderoso nacionalismo iberoamericano, propugnando una táctica de Frente Popular; de acuerdo con la misma, en una primera etapa se realizaría una revolución demoburguesa, condición previa a la revolución proletaria, paralelamente a una penetración comunista en los cuadros de los ejércitos iberoamericanos, prueba clara de la fuerza tremenda de los tópicos existentes sobre el militarismo iberoamericano en los hombres de Moscú.

Las tácticas comunistas ortodoxas no tuvieron éxito; la huelga general y el movimiento de masas simultáneo—uno de los postulados más caros del comunismo ortodoxo—, la formación de Frente Populares en Chile o Cuba en la década del 40, la infiltración en las Fuerzas Armadas, etc..., no produjeron resultado positivo apreciable.

De esta forma llegamos a la época de la Revolución cubana, en que el carácter del hombre iberoamericano, libérrimo y anárquico, las condiciones objetivas dadas por la existencia de un campesinado sin tierras y subempleado

por el monocultivo y de una clase media tan extensa como insatisfecha en sus sectores juveniles, a lo que hay que añadir la influencia ideológica de la doctrina comunista, crean el campo abonado para un proceso revolucionario de tipo extremista, al que sólo podrían detener medidas de radical reforma o de represión eficaz.

En 1933, el poeta chileno Pablo Neruda dijo que los movimientos de liberación en Iberoamérica tendrían tres pilares: Cuba, Chile y Brasil. En el primero de ellos tendrá su base el actual movimiento de guerrillas y subversión en Iberoamérica.

IV.—LA REVOLUCIÓN CUBANA, SUS ANTECEDENTES, CARACTERES Y RADICALIZACIÓN.

Cuba constituía al mediar el siglo un microcosmos de los problemas de la América Intertropical.

Existía una numerosa clase media, de origen español, con una elevada proporción de profesionales universitarios y especialistas que no encontraban campo en la limitada economía cubana y que, o emigraba a los Estados Unidos—en la década del 50 la emigración a dicho país arrojaba una media anual de cerca de 40.000 cubanos—, o nutría las fias de los descontentos, constituyendo, por su alta preparación e inquietudes, excelente materia prima para la dirección revolucionaria.

El progreso de la economía cubana no había sido paralelo al gran aumento demográfico de la isla, consecuencia de su alto índice de natalidad y excelentes condiciones sanitarias que habían reducido drásticamente el de mortalidad.

Por ello, el aumento del nivel de vida desde 1920—fecha en que significativamente cesa la gran inmigración española—había sido muy reducido y nulo en la década de 1950, como consecuencia de los bajos precios del azúcar, que representaba el 25 por 100 del producto nacional bruto de Cuba y el 80 por 100 de sus exportaciones.

Cuba había creado, por obra del inmigrante español o del capital norteamericano fundamentalmente, una moderna y eficiente industria ligera, pero que sólo absorbía una pequeña parte de su población trabajadora, y como consecuencia de lo cual, en 1958, según datos oficiales, carecía de trabajo el 16,4 por 100 de la población activa; el 10,1 por 100 estaba semidesocupa-

da y el 7 por 100 trabaja sin retribución para un familiar. Es decir, el 33,5 por 100 de la población activa cubana estaba en situación de anormalidad laboral. En la provincia de Oriente, cuna de la Revolución, el porcentaje de desempleados absolutos llegaba al 29 por 100.

Por otra parte, la propia estructura agrícola de la economía cubana hacía aumentar sensiblemente estas cifras en el «tiempo muerto», entre las cosechas, creando potencialmente un polvorín revolucionario.

Además, en el campo agrícola se produjo, durante la época republicana, una progresiva concentración de la propiedad de la tierra, que había proletarizado y desposeído al campesinado, cuyas deficientes condiciones de vida reflejó la encuesta realizada en 1957 por la Agrupación Católica Universitaria.

La Reforma Agraria estaba prevista por la Constitución cubana de 1940, pero no se había llevado a cabo, y un intento de presentarla al Congreso en 1956 por el presidente de la Acción Católica cubana, Julio Morales, no obtuvo éxito.

Existía, por último, un movimiento obrero activo y con tradición combativa que iniciara hace un siglo el anarquista asturiano Saturnino Martínez, y este origen anarquista no dejó de influir poderosamente en modos, actitudes y táctica de amplios sectores del proletariado cubano.

La corrupción administrativa de los Gobiernos republicanos y la impopularidad del de Fulgencio Batista, hicieron que la gran mayoría del pueblo cubano creyese y esperase de la vía revolucionaria la solución a sus problemas.

Fidel Castro, hijo de un hacendado gallego emigrado a Cuba, estudiante en el Colegio de Belén, de La Habana, regentado por jesuitas españoles, licenciado en Derecho por la Universidad de La Habana y militante en el Partido Ortodoxo, de tendencia populista y liberal, va a ser la personalidad carismática que dé forma y organización al descontento latente en las masas cubanas.

El 26 de julio de 1953, con un grupo reducido, trata de dar un golpe revolucionario en Santiago de Cuba que fracasa, siendo muertos o detenidos sus autores.

Fidel Castro fue capturado y condenado a un largo término de prisión, aunque dos años después obtuvo la libertad como consecuencia de una amnistía dictada por el Gobierno de Batista, exiliándose a Méjico.

Allí se establece, recibe el influjo de la revolución mejicana y organiza un grupo de cubanos a los que se une un médico argentino, el doctor Ernesto Guevara, a los que dará instrucción militar un oficial español, nacido en

Cuba y exilado político, el capitán Alberto Bayo, que, tras organizar un fracasado desembarco en Mallorca durante la guerra civil española, había sido instructor de guerrillas antes de abandonar el territorio nacional.

El 2 de diciembre de 1956 desembarca un contingente de 82 guerrilleros en la provincia oriental de Cuba, terreno agreste, lejano a la capital, y que posee el valor de un símbolo como cuna de las luchas de la independencia cubana y del primer golpe del joven guerrillero.

El pequeño núcleo tiene una aureola romántica: continúan la tradición de la guerra de serranía, tan cara al siglo XIX hispanoamericano, cantan «la cama de piedra», tema musical de una película mejicana sobre la Revolución, «La escondida»—estrenada durante la estancia de Fidel Castro en Méjico—y procuran atraerse a los campesinos.

En abril de 1958, a los dieciséis meses de la lucha, el grupo guerrillero sólo contaba con 180 hombres⁹. Fracasan diversos movimientos contra el Gobierno de Batista, coordinados o independientes de las guerrillas. Pero en junio de 1958, fracasa una ofensiva general del Ejército contra los guerrilleros; éstos crean un segundo frente en septiembre, y en la noche del final del año 1958 Batista abandona el poder, se exila, y ocho días después entra triunfalmente en La Habana Fidel Castro al frente de sus barbudos guerrilleros.

El Gobierno revolucionario prohíbe el juego, persigue la corrupción y ejecuta a oficiales del Ejército del presidente Batista.

El 18 de mayo de 1959 se dicta una Ley de Reforma Agraria, bastante moderada, pero que encuentra fuerte hostilidad en los medios afectados.

A las pocas semanas de la subida del régimen revolucionario se produce también otro acontecimiento que constituye una novedad: dos ex policías del Gobierno caído se apoderan en vuelo de un avión cubano y le obligan a dirigirse a Florida; en 18 ocasiones más se repetirá el suceso en el curso de los meses siguientes. Actos recibidos con alborozo por la Prensa norteamericana.

A partir de 1960 el Gobierno revolucionario se radicaliza progresivamente en un proceso no bien conocido y que merece un estudio más detenido, de forma que al presente la casi totalidad de las empresas cubanas y el 70 por 100 de las tierras han pasado a ser controladas por el Estado.

Pero no sólo Fidel Castro no resulta un caudillo populista, más demagógico que efectivo del tipo tan corriente en Iberoamérica, sino que, desde el

⁹ Declaraciones de Fidel Castro al periódico *Revolución*, de La Habana, el 2 de diciembre de 1961.

LA "GUERRA REVOLUCIONARIA" EN IBEROAMÉRICA

primer momento, su régimen comienza la exportación de la Revolución a otros países iberoamericanos hasta convertir a La Habana, en los años siguientes, en la Meca del extremismo revolucionario iberoamericano.

Durante el primer año del nuevo régimen, y con base en Cuba, se realizan intentonas revolucionarias en Nicaragua, Santo Domingo y Panamá, que fracasan.

En 1950, tras la condena del Gobierno cubano por la Conferencia de Ministros de Relaciones Exteriores de la O. E. A. en San José de Costa Rica, Fidel Castro enuncia la primera Declaración de La Habana, y en 1962, tras la exclusión de Cuba de la O. E. A., la segunda, en la que el ya primer ministro cubano manifiesta: «El deber de todo revolucionario es hacer la revolución... La Historia tendrá que contar con los pobres de América, porque esta gran humanidad ha dicho basta y ha echado a andar». En la Declaración de Santiago de Cuba, tras la muerte de un soldado cubano ante la base de Guantánamo, reitera estas ideas, a las que da forma y organización en la Conferencia Tricontinental de La Habana en enero de 1966 y de la O. L. A. S. en julio y agosto de 1967, en las que la revolución cubana adopta una concepción táctica y una actitud internacional apartada de las posturas de Rusia y China, con las que ideológicamente está emparentada.

En la Conferencia Tricontinental Fidel Castro ataca la tesis rusa de la coexistencia pacífica en su aplicación a Iberoamérica: «La coexistencia pacífica—dice el revolucionario cubano—no puede referirse a la coexistencia en un mismo país entre las clases explotadas y sus explotadores ni a la lucha de los pueblos oprimidos por el imperialismo contra sus opresores». Y hoy por hoy, como indicaba recientemente una revista norteamericana: «The ferment created by the Cuban revolution throughout the Western Hemisphere, and, indeed, throughout the world has yet to run its course»¹⁰.

V.—LOS MOVIMIENTOS REVOLUCIONARIOS IBEROAMERICANOS DE 1961 A LA ACTUALIDAD.

La revolución cubana marca un hito en Iberoamérica; es la primera vez que un movimiento revolucionario triunfa en Iberoamérica, no sólo sin contar con el Ejército o parte de él, sino contra el Ejército, lo que sirve de ejem-

¹⁰ *Newsweek*, 13 de enero de 1969, pág. 24.

plo a otros movimientos de índole similar que deciden adoptar la misma vía, sin tener en cuenta las especiales condiciones socio-políticas de Cuba, diferentes a las de otros países de América.

Por otra parte, la vía revolucionaria que adopta el extremismo hispanoamericano en la última década va a encontrar la indiferencia, cuando no la hostilidad, de los partidos comunistas ortodoxos que no creen que pueda triunfar dicha línea, dadas las «condiciones objetivas» imperantes en Iberoamérica; dentro de esta tónica el Partido comunista chileno ha manifestado su adhesión a la lucha legal, y en otros países, como Venezuela, Guatemala y Bolivia, se ha producido desde 1964 un cisma virtual entre los partidos comunistas y los partidarios de la lucha armada o castristas. En Venezuela, uno de los dirigentes de la insurrección, Douglas Bravo, comandante general de las F. A. L. N., fue expulsado del Partido comunista venezolano tras su manifiesto de Iracuara, que choca con la línea general del Partido, que en su VII pleno, en abril de 1965, aconsejó la acción pacífica y el abandono de la lucha armada. También en Bolivia, cuando el «Ché» Guevara inicia la guerrilla en 1966, se encontrará con la indiferencia y abstención del Partido comunista oficial, y en tal sentido se manifiestan sus representantes en la Conferencia de la O. L. A. S. en La Habana en 1967.

A lo que se une el hecho de que los partidarios de la vía insurreccional vean con hostilidad el mantenimiento de relaciones diplomáticas normales entre la Unión Soviética y alguno de los países hispanoamericanos que combaten a la guerrilla, así como la intensificación de las relaciones comerciales entre el bloque oriental e Iberoamérica, lo que a sus ojos equivale a una traición.

De esta forma, Fidel Castro pasa a convertirse en el portaestandarte de una tercera vía dentro de la línea marxista, la aplicable a aquellos pueblos que, sin encontrarse en la cima del subdesarrollo, se encuentran todavía lejos de unir una economía industrial a unas condiciones de justicia social.

Este último punto es muy importante reiterarlo; así, cuando en un país como en Bolivia una Reforma Agraria hecha por otro Gobierno revolucionario, pero de signo distinto, reparte tierras a cien mil familias, el resultado económico podrá ser discutible, pero el social no; se ha creado una clase propietaria de los antiguos desposeídos que, como todos los pequeños propietarios rurales, en todas partes del mundo y en todos los tiempos, es profundamente patriota, conservadora y enemiga de aventuras revolucionarias, como demos-

traría plenamente en el fracasado intento de instaurar la guerrilla en aquel país en 1966-1967.

La revolución tiene su origen en La Habana; el *slogan* es «hacer de los Andes una gigantesca Sierra Maestra», o, tras el mensaje del «Ché» Guevara a la Conferencia Tricontinental de 1966, «crear varios Vietnam en América Latina».

El inicio de la rebelión con carácter coordinado y dirección desde La Habana, se produce en 1961, tras la ruptura entre Cuba y los Estados Unidos, ya radicalizado el régimen cubano, y apartado de hecho, aunque todavía no *de jure*, del sistema interamericano, en parte por táctica de diversión, en parte por el profundo convencimiento de su mesianismo en relación con las masas empobrecidas de Iberoamérica, por lo que, paradójicamente, abandona el «localismo», tan criticado por Moscú en la Conferencia de Buenos Aires de 1929, para proclamar la unidad de los pueblos de América, y para caer por lo mismo en una valoración indiscriminada de la disímil situación social, política y económica de los distintos países iberoamericanos y aplicar con criterio general similares *slogans* y parecidos mitos, uno de los cuales es el involucrar en la acción revolucionaria a hermosas mujeres universitarias, tan ineficaces en su actuación como excelentes instrumentos propagandísticos, dentro de la general dicotomía de Eros y Tanatos, tan cara a Iberoamérica.

Los principales movimientos revolucionarios, dejando aparte algún brote esporádico y casi patológico, ocurrido en Puerto Rico, Argentina o Uruguay, se han producido en cinco países que, cronológicamente, han sido: Colombia, Venezuela, Guatemala, Perú y Bolivia.

Colombia.

En Colombia, la «violencia» comenzó en 1948, alcanzando su punto álgido entre 1950-1953, y si el Partido comunista participó sólo marginalmente en su origen, procuró, sin embargo, usarla para sus fines.

Desde 1964 actuaban entre las guerrillas: el E. L. N., dirigido por Fabio Vasquez Castaño, que buscaba su inspiración en La Habana, y las F. A. R. C., dirigidas por Antonio Marín Marulanda (a) «Tiro fijo», de inspiración, al parecer, más ortodoxamente marxista. Lo que no fue óbice para la reanudación de relaciones diplomáticas entre la Unión Soviética y Colombia.

A partir de 1967 la guerrilla ha quedado muy debilitada.

Venezuela.

En 1959, tras el triunfo de la revolución en Cuba, se separó del Partido de Acción Democrática su ala extremista para constituir el M. I. R. (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), que favoreció la lucha armada.

La guerrilla comenzó en las campiñas en 1961-1962, pero no encontró sino muy escasa base campesina, por haberse iniciado en Venezuela una Reforma Agraria con gran copia de medios.

En 1963, con menguados resultados en su haber, los extremistas iniciaron —contra las claras enseñanzas del «Ché» Guevara—la guerrilla urbana, en que el terrorismo—otra arma anatema también para el «Ché» Guevara—chocó con la hostilidad de una gran masa proletaria de origen europeo, tan opuesta a los procedimientos revolucionarios como los Sindicatos venezolanos y la creciente clase media. Lo que ha reducido considerablemente las actividades de las guerrillas desde su punto álgido en 1963-1964.

Guatemala.

En este país, donde ya había existido un Gobierno de matiz izquierdista de 1944 a 1954, se inicia la guerrilla en 1961.

La lucha comienza en las zonas mal comunicadas del Norte y Oriente del país, con carácter también de guerrillas rural bajo la dirección de dos movimientos dirigidos por antiguos oficiales del Ejército: las F. A. R., por Augusto Turcios Lima, que morirá en 1966 en accidente, siendo sustituido en el mando por el teniente Francisco Franco, y el «Movimiento 13 de Noviembre», por Marco Antonio Yon Sosa.

La eficaz actuación del Ejército consigue en 1967 vencer a las guerrillas en el campo, pero a partir de dicha fecha se inicia, con gran violencia, la «guerrilla urbana», a la que responden también violentamente organizaciones terroristas de derecha y que ha producido incontables muertos en los dos últimos años, sin haberse podido superar aún.

Perú.

En 1962 comenzaron las invasiones de haciendas, y dos años después, dos organizaciones revolucionarias, el E. L. N., bajo la dirección de Héctor Béjar, y el M. I. R., bajo la de Luis de la Puente Uceda, se echaron al campo; las autoridades dominaron fácilmente estos brotes guerrilleros, que al finalizar el año 1966 podían darse por concluidos.

Bolivia.

En Bolivia la guerrilla no tiene un origen autóctono, más o menos inspirado o apoyado desde el exterior, sino totalmente foráneo, dirigido por el gran teórico de la guerrilla, el «Ché Guevara» en persona, que se inicia en los últimos meses de 1966 por un grupo de diversas nacionalidades americanas, con el fin de darle un carácter continental.

El «Diario» de su jefe deja la desoladora impresión del fracaso de la empresa, ante la indiferencia, cuando no hostilidad general del campesinado, entre los que no consigue adhesión alguna; de los conflictos personales y nacionales entre los componentes de la guerrilla y un panorama de hambre, sed, fiebre e impotencia.

Sin embargo, la muerte de su líder en octubre de 1967 crea un nuevo mito para la revolución iberoamericana.

En estos momentos, la guerra revolucionaria, como acción, atraviesa un momento de crisis, aunque encuentre simpatías en amplios sectores, de los que parece representativo el ex presidente Bosch, de Santo Domingo, que declaró recientemente en Yugoslavia, que: «La revolución en América Latina es inevitable y no será democrática, porque la democracia está desacreditada».

VI.—LA REACCIÓN ANTE LA REVOLUCIÓN: REACCIÓN VIOLENTA,
REFORMISMO, INTEGRACIÓN ECONÓMICA.

Para hacer frente a la ola de violencia y a la amenaza subversiva que representó la guerrilla, los Gobiernos hispanoamericanos no anduvieron remisos en su reacción.

En ocasiones, ésta ha sido violenta, pero sus efectos sólo son efectivos a corto plazo, por lo que los Gobiernos iberoamericanos han adoptado, con carácter casi general una serie de reformas socio-económicas durante los últimos diez años.

Venezuela (1959), Colombia (1962), Brasil (1964), Perú (1964), Chile (1967), Ecuador y Panamá, han adoptado leyes de Reforma Agraria, de desigual alcance, pero todas ellas tendentes a ampliar el número de propietarios rurales del país.

Se han dictado leyes de reforma fiscal en casi todos los países, y los partidos tradicionales de la izquierda hispanoamericana, a los que se ha unido la Democracia Cristiana, de creciente fuerza, propugnan todos ellos: «La revolución pacífica» o «la revolución con libertad».

Paralelamente a ello, se han alcanzado objetivos tan considerables como positivos, impensados antes de iniciarse el fermento revolucionario, en el campo de la integración económica.

En 1958 el presidente brasileño Kubitschek había propuesto una «Operación Panamericana» de cooperación continental que, si entonces cayó en el vacío, cristaliza dos años después en el Acuerdo de Bogotá; se crea el Banco Interamericano de Desarrollo, y el 18 de febrero de 1961, por el Tratado de Montevideo, se crea la A. L. A. L. C. («Asociación Latinoamericana de Libre Comercio»), a la que se incorporan Argentina, Brasil, Chile, Méjico, Paraguay, Perú y Uruguay, y posteriormente Colombia, Ecuador, Venezuela y Bolivia.

Entre tanto, los países centroamericanos y Panamá crean un Mercado Común Centroamericano, que consigue espectaculares progresos, de forma que, en la actualidad, solamente Puerto Rico, Santo Domingo y, naturalmente, Cuba, no pertenecen a alguno de los bloques económicos iberoamericanos, mientras que paralelamente, aunque con mayores dificultades, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Chile y Bolivia tratan de constituir un «Grupo andino» dentro de la A. L. A. L. C.